

La batalla de los libros

La «Bibliomaquia» de Swift inspirada por Perrault

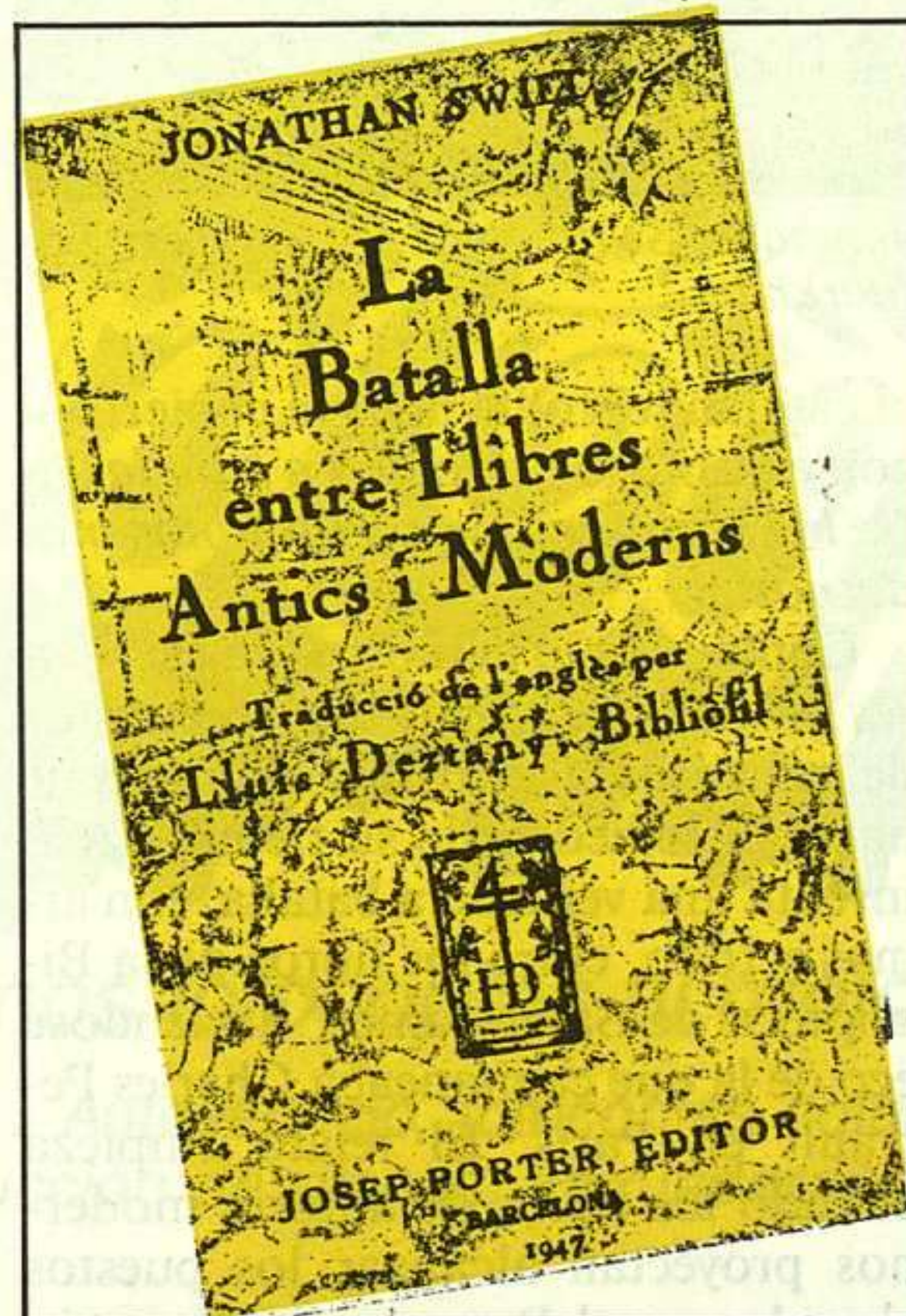
por Aurora Díaz Plaja

La Batalla entre Libres Antics i Moderns (La Batalla entre Libros Antiguos y Modernos) de Johnathan Swift es, según la articulista, una de esas raras joyas literarias que

La gran tarea de recopilador de la tradición oral de finales del siglo XVII de Perrault, si bien no es la primera, sí es la más conocida, antes incluso que la de los hermanos Grimm. Un siglo antes, en Italia, apareció una estupenda recopilación de cuentos populares titulada *Lo cunto de li cunti*, escrita en dialecto napolitano por Gianbattista Basile, que tuvo como mecenas al Duque de Alba, don Antonio Álvarez de Toledo, quien murió en 1632, justo cuatro años después de la fecha de nacimiento de Charles Perrault.

Benedetto Croce, filósofo erudito de nuestro siglo, muerto en 1952, fue el traductor del libro de Basile, al ita-

descansan en el olvido de las bibliotecas. Al interés del libro en sí se suma la curiosidad de que su protagonista



liano culto y literario. Fue en 1924 cuando, habiendo leído *El cuento de los cuentos* en el dialecto de Nápoles,

no es otro que Charles Perrault. A continuación les ofrecemos una reflexión en torno a dicha obra, de cuyo original inglés Aurora Díaz Plaja prepara una versión castellana.

creyó que valía la pena darlo a conocer a los demás italianos y facilitar la traducción a otros idiomas, pues afirmaba que se trataba del «más antiguo y el más bello de entre todos los libros de cuentos populares»; y aseguraba que «ningún pueblo de Europa posee tal monumento de literatura popular», opinión que fue corroborada por el propio Jacobo Grimm. En España, Rafael Sánchez Mazas tradujo algunos de los cuentos de Basile.

Perrault «enfant terrible»

Pero la verdad es que Charles Perrault le ha ganado en popularidad, y todo el mundo conoce su obra y casi

nadie la de Basile. En cambio, suele ignorarse que, mucho antes de que surgieran los primeros cuentos de la pluma de ave de Perrault, su obra literaria y científica fue inmensa: libros de estudios históricos, ensayos sobre las artes y las ciencias, encendidas alabanzas a personalidades políticas, reseñas inteligentes de las obras de literatura de su época, comentarios periodísticos a los acontecimientos culturales...

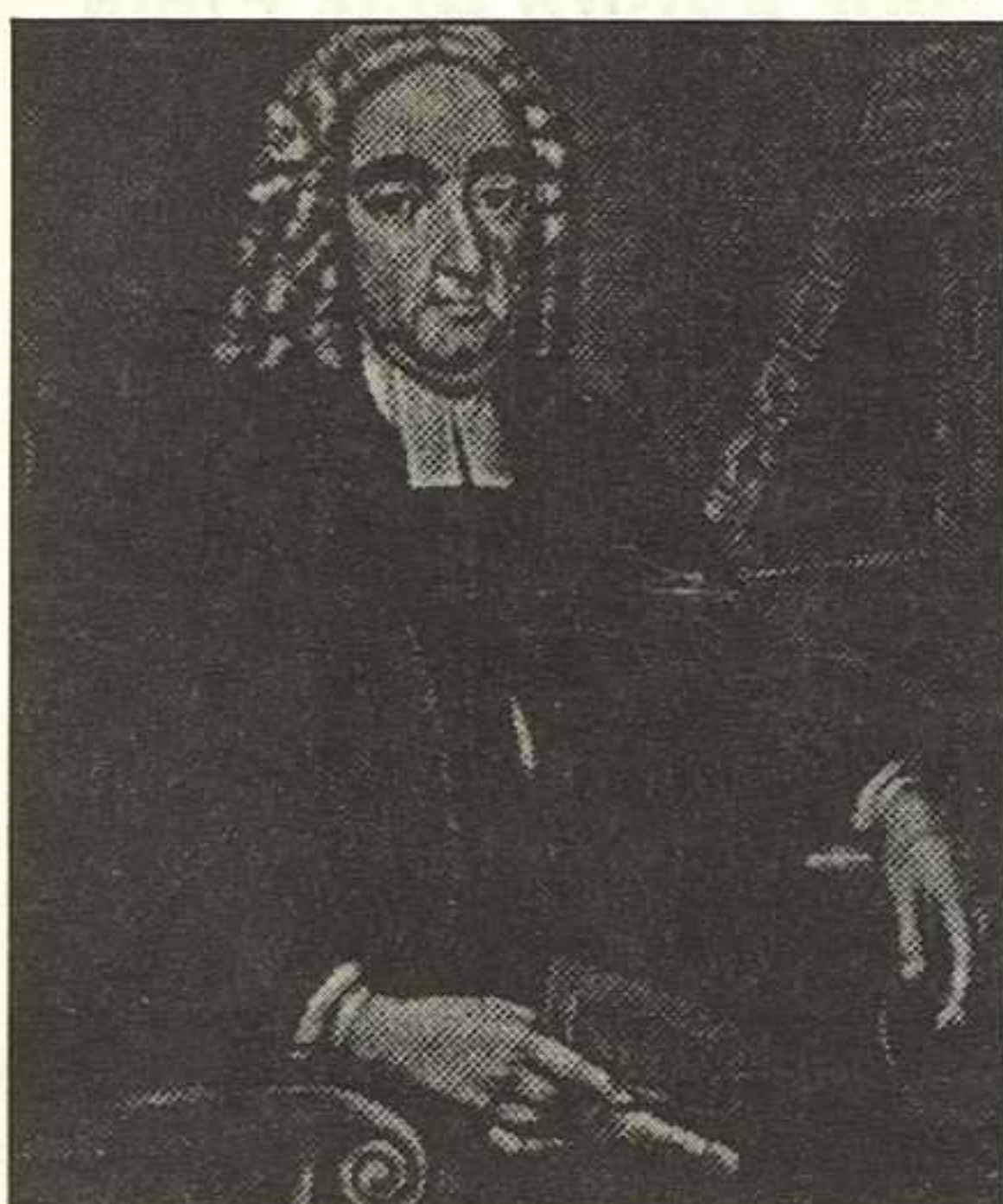
¿Cómo explicar, pues, que el conocido y renombrado escritor, miembro de la Real Academia Francesa, abandonara sus obras originales y se dedicara con ahínco a convertir en lenguaje escrito la tradición oral de los cuentos populares? Pues fue nada menos que por haber iniciado, en una sesión académica, una verdadera batalla intelectual, una auténtica guerra de los libros, al atreverse a sostener, frente a la actitud tradicionalista e inmovilista de gente como Boileau, que los escritores de su época eran tan valiosos como los clásicos griegos y latinos. Lo cual le valió ser considerado como el *enfant terrible* de las letras francesas.

Su gran obra de cuatro tomos, titulada *Parallèle des anciens et des modernes*, se publicó en la cima de la polémica. Demostraba su teoría en todos los campos del saber, ya que en el primer tomo se estudiaba a los personajes de las artes y de las ciencias; en el segundo, los célebres por su elocuencia; en el tercero, a los poetas de una y otra época y, para terminar, en el cuarto, las ramas de la astronomía, geografía, navegación, guerra y medicina. La batalla llegó a tal punto, que su eco atravesó incluso la frontera acuática del Canal de la Mancha.

Y he aquí por qué: otro escritor, muy popular en nuestros días entre los lectores infantiles, por las múltiples traducciones que nos han llegado a través de tres siglos de su personaje Gulliver, Johnatan Swift, tomó cartas en el asunto, medió e inventó un delicioso librito —de cuya traducción



Charles Perrault (1628-1703).



Jonathan Swift (1667-1745), visto por Markham.

al catalán reproducimos la cubierta— con el sabroso título de *La batalla entre los libros antiguos y los libros modernos*.

Como bien lo demostró en sus *Viajes de Gulliver*, Swift era un escritor de gran ironía y furibundo mensaje hacia la sociedad de su tiempo. Así, inventa una verdadera batalla, con armas y todo, entre los libros de la Biblioteca de Saint James, haciéndose eco de la que capitaneaba Charles Perrault en París. El relato empieza cuando los libros de autores modernos proyectan alcanzar los puestos elevados en el Parnaso, donde están situados los antiguos.

El escritor inglés carga las tintas en la descripción de la situación estratégica de ambos combatientes. Vale la

pena traducir, textualmente, el texto de Swift:

«El ejército de los antiguos era inferior en cantidad, pero en calidad era superior. Homero estaba al mando de la caballería pesada; Píndaro en las fuerzas ligeras; Euclides era ingeniero-jefe; Platón y Aristóteles mandaban a los arqueros; Herodoto tenía a sus órdenes a los peones de Infantería y el sabio Hipócrates guiaba a los dragones.»

Todos ellos se enfrentaban a los ejércitos modernos con jefes como Milton, Hobbes, Santo Tomás de Aquino y Descartes. La lucha fue feroz y el resultado un desastre. El autor de esta fábula confiesa que la sacó de un manuscrito ilegible y, por ende, no pudo descifrar qué equipo resultó vencedor en la contienda que, según el ejemplo que nos dio nuestro Lope de Vega en su epopeya burlesca llamada *La Gatomaquia* —lucha entre gatos—, bien podemos titular *Bibliomaquia*, o lucha entre libros.

Creo que en ninguna batalla, ya sea real o ficticia, hay auténticos vencedores, puesto que todos salen perdiendo. Ahora bien, en este caso concreto de la *Bibliomaquia* engendrada por Perrault y descrita con garbo por Swift, los que hemos salido ganando hemos sido todos nosotros, los lectores de los cuentos de Perrault, desde siempre y a través de los siglos y en todos los idiomas.

Las batallas de ahora

Si he dedicado este artículo a la *Bibliomaquia*, no es tan sólo para destacar la importancia de la creación que hizo Perrault de los cuentos que todos conocemos, sino porque también hoy existen ciertas batallas en el mundo de los libros infantiles.

Todos recordamos la polémica surgida, en el tercer cuarto de este siglo, sobre la fantasía en los libros para niños. Hubo tendencias pedagógicas que abominaron de los cuentos de hadas, diciendo que era nefasto método para los niños actuales: «*Les livres de fées nous ont menti*», dijeron críticos

GABINETE DE ESTAMPAS DE PARÍS.

franceses. Más tarde se libró la batalla entre el libro y los cómics. Ahora vivimos de pleno en la era de la polémica entre el libro y el ordenador. O la idea absurda de que quien lee libros lúdicos, no estudia o viceversa.

Ante estas ilógicas controversias, siempre recordaré una frase rotunda de un autor holandés de libros de divulgación. En su obra *Las Artes*, arremetía contra los seres encorsetados que son inflexibles en sus convicciones estéticas y se expresaba así: «Hay gente tan absurda que opina que si le gusta Mozart no puede disfrutar viendo bailar a Fred Astaire». Efectivamente, hay personas que no saben sa-

car jugo de cuanto la vida —y los libros son su reflejo— nos ofrece.

Y, siguiendo con las batallas, creo que la única batalla que debemos desencadenar es la de atacar a todo «no leyente», que es peor que el analfabeto. Éste lo es a pesar suyo. No le enseñaron a leer. Pero el que sabe leer y no lee es como el que sabe nadar y no lo ejercita, exponiéndose a ahogarse. Por eso, ante la maravilla de los libros infantiles que se despliegan ante nuestros ojos, no debemos menospreciar frívolamente un género, por preferir otro. Antes bien, leamos un poco de todo: si un cuento es bueno, una poesía puede gustarnos en otra oca-

sión; si nos place la prosa seguida de la narración, no nos olvidemos de la prosa dialogada de una buena pieza de teatro... Si admiramos a un autor nacional, sepamos apreciar una excelente traducción, que las hay inmejorables. Y aceptemos un libro de estudio cual libro lúdico, y viceversa.

Pensemos que un cuento de Perrault, en maravillosa edición actual de ilustración deliciosa, puede sernos tan próximo como un libro inventado por un autor de nuestros días. Creamos, como Ortega y Gasset, que nuestra capacidad de goce es infinita porque «la vida es corta, pero ancha». ■



COPISTERIA

Copiopia

Hacemos fotocopias al mejor precio.

Autoservicio, fotocopias color,
reproducción de planos, encuadernaciones, etc.

DIAGONAL, 332 bis - 08013 BARCELONA • TEL.: (93) 459 30 40 - FAX.: (93) 459 30 28